

LAS ANTIGUAS EN EL PRESENTE

Mariana Docampo*

NOTA DEL EDITOR

En el texto que a continuación publicamos, la escritora reflexiona sobre los objetivos que guiaron la Colección *Las Antiguas. Primeras escritoras argentinas*, íntimamente vinculados con la temática de este encuentro. La autora ha cedido para nuestra revista el cuento «La soledad», incluido en el volumen *La Fe*.

NOTA DEL AUTOR

En septiembre de 2011, presentamos, junto con Daniela Mac Auliffe, responsable de la editorial independiente Buena Vista, la Colección *Las Antiguas. Primeras escritoras argentinas*, en la ciudad de Córdoba (Argentina) y, dos meses después, en Buenos Aires. Dicha colección está dedicada al rescate de textos de autoras argentinas nacidas en el siglo xix y en siglos anteriores. Estos libros fueron prologados por escritoras contemporáneas, con el propósito de establecer un diálogo entre generaciones, que proponga perspectivas actuales para la lectura de los textos.

Cuando un año antes, con Daniela Mac Auliffe, concebimos la idea, el material que circulaba era muy escaso, y los libros de las primeras escritoras eran muy difíciles —si no, imposibles— de conseguir. La situación no cambió mucho desde entonces, pero, lentamente, comienza a ceder el silencio que envolvió a Las Antiguas durante tantos años.

Lo primero fue delimitar el criterio de selección. No queríamos editar únicamente autoras que habían trascendido o que habían sido ya rescatadas, como Juana Manuela Gorriti, Juana Manso o Eduarda Mansilla, sino que, además de ellas, queríamos publicar otras menos conocidas. Decidimos componer un catálogo descentralizado, y por eso, editamos los textos sin someterlos a comparaciones o a juicios de valor estético, o incluso, político. El objetivo era presentar quiénes habían sido y qué habían escrito, cuándo y en qué circunstancias, y compartirlo con aquellos que, al igual que nosotras, habían sido privados de la posibilidad de

* Escritora argentina, Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Paralelamente a sus actividades literarias, organiza la *Milonga Tango Queer* y el *Festival Internacional de Tango Queer* de Buenos Aires. Correo electrónico: mariandoc73@hotmail.com.

Gramma, XXIV, 51 (2013), pp. 159-165.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0153.

conocerlas. Esto requirió, por supuesto, de una lectura desprejuiciada, y en este punto, una renuncia a los parámetros asimilados a lo largo de nuestra propia formación. La Colección ha publicado hasta el presente los siguientes títulos: Eduarda Mansilla (2011), *Recuerdos de viaje*, con prólogo de María Rosa Lojo; Juana Manso (2011), *Los misterios del Plata*, con prólogo de Mercedes Araujo; Juana Manuela Gorriti (2011), *Cocina Ecléctica*, con prólogo de Mariana Docampo; Juana Manuela Gorriti (2011), *La Tierra Natal*, con prólogo de Carolina Esses, y Juana Manuela Gorriti (2012), *Lo íntimo*, prologado por Esther Andradi.

Fue una sorpresa descubrir la gran cantidad de mujeres que había escrito antes de la segunda mitad del siglo xix en nuestro país, y también, que sus obras —en muchos casos, costeadas por las mismas autoras— no habían sido reeditadas. Se hizo claro que las escritoras fueron víctimas de un doble silenciamiento: por un lado, el de su época, que no solo dificultó la producción y circulación de los textos, sino que, en muchos casos, la desalentó de maneras ramplonas; y por el otro, el de las generaciones posteriores, que acallaron, con tanta eficacia, las voces de las mujeres nacidas en el siglo xix que, durante años, pareció que nunca habían existido.

Aun así, muchas de estas escritoras publicaron libros, ya fuera haciendo uso de pseudónimos masculinos —como Emma de la Barra o Eduarda Mansilla—, o apelando a la autoridad de un varón para presentar sus producciones —como Rosa Guerra o Agustina Palacio—¹. Otras, como Elvira Aldao, esperaron a una edad avanzada y a la viudez para editar sus obras. Por su parte, Juana Manuela Gorriti y Juana Manso generaron redes sociales, entre mujeres, a través de la creación de revistas literarias. Por este medio, ofrecieron marcos de contención para la producción de sus colegas, muchas de las cuales soportaron, con tenacidad, afrontas que buscaban denigrarlas públicamente. Tal es el caso de Josefina Pelliza o de Lola Larrosa, a quienes hasta se aconsejó que dejaran de escribir².

Que la Literatura Argentina del siglo xix sea «mejor» o «peor» que la inglesa o la francesa del mismo siglo, o la mexicana del xvii, no es algo que, en la actualidad, resulte interesante discutir. Simplemente, se acepta, en tanto grado de expresión estética alcanzado en nuestro país, en un momento determinado, y los libros escritos por mujeres durante ese período forman parte de este corpus. Excluidos del canon de manera radical, e inaudita a los ojos del presente, completan el panorama ideológico y los temas que interesaron a una época en la que tanto el país, como su literatura, estaban en gestación. Es indiscutible que la existencia

1 Rosa Guerra prologa, con una carta de Miguel Cané, su novela *Lucía Miranda* (2011), en la que el escritor elogia la obra; en el caso de Agustina Palacio (2012), entrega al viajero y escritor Benjamin Poucel su manuscrito autobiográfico para que él lo publique.

2 Como ejemplo, podemos mencionar la reacción de un crítico ante la primera novela de Lola Larrosa, escritora de la que reeditamos su novela *El lujo* (2011): «La señorita Lola Larrosa, dispuesta como parece estar a dedicarse con empeño a las letras, debe aconsejarse sin recelo de personas capaces de contrariar sus inclinaciones, desviando con provecho las tendencias de su espíritu hacia rumbos más propicios y acaso de más vuelo para su corazón de mujer» (Navarro Viola, 1882, p. 11).

de estas obras amplía y enriquece las representaciones de nuestro pasado. Pensamos, por ejemplo, en Juana Manuela Gorriti (2011), que aporta a nuestra literatura una cantidad de motivos y vocabulario del ámbito doméstico, y que ensaya una estructura originalísima, en la que conviven distintos géneros y niveles de escritura; o en las novelas de Rosa Guerra (2011) o Josefina Pelliza (de próxima aparición), en las que se detectan sutiles o incluso francas subversiones de la moral y de lo erótico, que solo ciertas escritoras pudieron realizar en nuestra literatura, acaso por la situación desplazada y marginal desde la que concibieron sus obras.

Escritoras, como Emma de la Barra o Elvira Aldao, publican tardíamente, y en los albores del nuevo siglo, dan a luz libros como *Stella* (2011), *Recuerdos de Antaño* (2011) o *Veraneos Marplatenses* (2012), que, además de su elegancia, nos legan espléndidas pinturas de costumbres de la época.

La incorporación de textos excluidos nos devuelve la oportunidad de reflexionar sobre nuestro pasado de una manera amplia y plural, pero sobre todo, nos advierte acerca de una identidad cultural construida desde el sojuzgamiento y la mutilación. Desarmar esa maquinaria es el motor que activa la búsqueda y empuja a un andar atento en estos primeros años del siglo xxi, época compleja que requiere agilidad para moverse entre redes discursivas monolíticas, jerarquías impuestas y criterios saturados que excluyen lo diverso. Recuperar las voces de nuestra literatura en su coexistencia desnivelada, propiciar su despliegue y multiplicación, puede significar también la composición de un mapa más fecundo donde reconocernos y pensar nuestro presente.

DATOS DE LA OBRA

Docampo, M. (2011). *La Fe*. Buenos Aires: Bajo la luna. ISBN: 978-987-1803-00-2, pp. 39-46.

LA SOLEDAD

¿Cómo hace el Mesías para sacarla de allí adentro? Ella está frente al mar, la inmensidad. Mira hacia un lado y hacia el otro y hunde sus ojos en la espuma blanca que marca los bordes. La arena se extiende a lo largo, desde la naciente del océano hasta los primeros árboles, que no ve porque están del otro lado de los médanos. No hay barcos ni personas, solo gaviotas que se reúnen, pausadas, en el principio del agua. Estira los brazos hacia atrás, y mueve la cabeza. Siente náuseas. Así que afloja las piernas y cae de rodillas en la arena fría. No puede irse de la costa, porque caminando hacia el centro del continente está la casa, y adentro de la casa, el silencio, que se expande lentamente a pesar de los gritos y de los sonidos familiares que llegan hasta ella de manera persistente y que, incluso, la calman, porque dan la impresión de ser amorosos, y femeninos. Afuera, por el contrario, todo está frío, aún el aire del mar. Pero ella huyó al exterior a causa del silencio. La respuesta del Mesías es: *una vez que está en la vida hay dos formas de salir, la locura, o la disolución*. Pero antes de ellas, hay otras cosas que calman: el sueño, el amor, y también el paso de la muerte. Ellas fueron puestas en el alma

inmortal para que ésta tuviera descansos. El pecho está cerrado. Ella tiene los pies afebrados hundidos en la arena húmeda. Abre los ojos y vuelve a experimentar, con desesperación, su imposibilidad de cruzar el límite. Está en la orilla y deberá volver. El tiempo sigue su curso y la unión no es posible. Se abisma. El tronco se inclina hacia adelante. La locura actúa como agente destabilizador, pero en esencia es la suprema verdad y la liberación de los sentidos. No hay nada en la ciudad que evoque para ella la belleza. Intenta con sus ojos alcanzar las hojas interiores de los árboles, las que se mueven, con ritmo irregular y distinto, en los tallos centrales de las ramas. Deja, en la ciudad, que sus ojos se detengan sobre las hojas. La luz del sol intercepta los colores, se desplaza sobre las superficies y toca los espacios sin volumen, arrastrando y empujando las partículas de claridad unas hacia otras, y mezclándolas. ¿Qué es este existir continuo? Las células que la conforman se mueven oleaginosas adentro de los límites del cuerpo, alimentadas por vastos vasos sanguíneos que vierten los nutrientes y los infunden en las células, penetrándolas hacia el final de las redes, abiertas al infinito interno. La expansión va desde el nervio motor hasta el corazón, y las terminaciones nerviosas, altamente perceptivas, difunden los estímulos de la vida. La piel recibe los nutrientes y los cifra en impulsos que acuden con inmediatez al cerebro a través de los tejidos, y que son traducidos allí a sensaciones y emociones que toman el cuerpo y lo doblegan. La energía vital sube velozmente y ella empuja su mano hacia la rama y toca la hoja. Comprende que es envuelta, sin pausa, en el pulso inicial y el misterio la colma. Pero no está satisfecha. Quiere morir esta vida. Quiere volver a empezar con otro cuerpo y otro temperamento. Comprender éste en su alta complejidad, o disciplinar sus reacciones le parece imposible. Pero sabe que solo así alcanzaría el no-ser. Mira hacia abajo y busca en la tierra acumulada en los bordes de las baldosas diminutas flores que expresen un color. Pero no encuentra. Levanta el rostro y mira los encuadres abiertos de las altas torres buscando el aire limpio y puro. Pero los colores fuertes de los carteles interceptan la visión. El estallido sería el paso siguiente. El que nunca da, porque es paso hacia la disolución. Ella lo sabe. Sabe que podría salir, pero no tiene la valentía. Por lo pronto está apegada a su actual forma corpórea y a los estímulos del mundo. Los sentimientos fueron puestos también por el padre del Mesías para atar al humano, anclándolo con su cuerpo a la corteza, y hasta el núcleo. Ella entrecierra los ojos. Está de pie, sobre una piedra. A su alrededor hay aire y a través de él se perciben las montañas. Hay una particularmente alta que asciende, maciza y verde, con su sólida estructura. Es toda materia y energía celeste. La bruma baja hacia la tierra lentamente y permanece allí, en un aro de opacidad. Su mirada se extiende hacia el poniente y ve el lago. Es un corazón de silencio, diferente al silencio social. Es un principio de la vida emergente. Una boca generatriz. Un origen. Se queda quieta un instante y respira con lentitud. Cierra los ojos. Le complace esa detención. Hay zonas del recuerdo que tienen la misma detención. La gente que conoció. ¿Quiénes son? Esta pregunta se hace e inclina el cuello hacia adelante. Quiere volver, pero la separación es definitiva. La montaña está, los pájaros están. Pero la soledad es mucha, y es vasta. No hay nada real. Lo contundente es el lago frente a sus ojos. Y su cuerpo material.

Frente a ella hay un bote sin personas. Luego observa la orilla. Las ramas finales de los árboles hunden sus hojas en el agua. Está frente al lago y la detención es completa. Era pleno día y había cerdos rodeando la colina, encerrados en jaulas de palos. La bruma envuelve el bote y lo tapa. Dice el Mesías: *El elegido es el que guarda silencio, el que no habla. Es el solitario, él alcanza la santidad y está cerca del misterio.* Por uno de los senderos se acercaba un peón. Tenía los pantalones rotos y la camisa abierta y caminaba con todo su cuerpo inclinado hacia un costado. Ella quiso entablar una conversación para quebrar el silencio que se había instalado en su corazón. Habló y su voz hizo eco en el lago. Se sintió materialmente. Fue la irrupción de un cuerpo en un espacio vacío. Suavizó su mirada, y el peón contestó con palabras. Ella sintió alivio. Caminaron juntos hasta unos pastizales y el hombre la condujo lejos de los cerdos, hacia las casas de la colina con vista al lago. Desde arriba los cerdos no se veían. El peón levantó una mano y le señaló el camino. Y cuando ella fue volviendo por la calle ancha de tierra, iba deteniéndose con temor de quedarse sola otra vez y de que la noche sobreviniera. El miedo la invadía en distintas partes del cuerpo, suscitado por hechos distintos. Podía ser que lo despertara un rumor entre los arbustos, o la simple visión de un animal pequeño, quieto entre las piedras. Luego fue pasando junto a las casas con música y su pulso recuperó la calma. Iba reconociendo las calles que antes había visto, los rostros de los desconocidos. Eran los mismos que vivían en el mundo junto a ella, y el mundo era muy pequeño. El Mesías ve a través de la niebla y del sonido. El sueño es el descanso, pero también es el puente hacia la luz. *Vamos a la muerte.* Ella miró alrededor: era otro día. Estaba muy lejos de su casa. Había una lápida frente a ella y la tierra estaba levantada en los costados. El sol se veía nítido en el cielo. Había mucha luz. Y el resto del aire estaba vacío. Toda la zona estaba cercada por grandes hierros y ella, al principio, estaba afuera. Luego cruzó los hierros y estuvo del lado de las tumbas. Allí no había sonidos y la luz era intensa. Quemaba los colores a tal punto que no había color. Se puso de rodillas, y su corazón estaba abierto para recibir el alimento. *El soplo es el alimento del alma, viene directamente de Dios y la mantiene viva.cae en línea recta sobre su cabeza y la traspasa hacia la tierra.* Y en la tierra están los cuerpos de los muertos. El suyo irá con ellos algún día, y así alcanzará la comunión. Ella se inclina sobre la tumba. Es un agujero en la tierra y mira como si quisiera ingresar y fundirse con el principio. El no-ser del alma será la victoria del cuerpo, y éste servirá de abono a la tierra. No se oye el sonido de los pájaros. Sin embargo hay uno muy pequeño que salta desde las raíces de un árbol y pisa un pedazo de pasto. Ella lo observa. Su pequeño pico indagando en las hierbas. Está frente al misterio del pájaro pequeño pero su corazón no se apresura al latir. Siente tristeza porque no comprende. Porque no se funde con él. Es una extraña sobre el pasto. ¿Adónde ir si está en la vida? No hay modo de salir. Por eso, incluso en sueños, la soledad la circunda. Es de noche y está en la cama, con los ojos cerrados. Las aspas del ventilador giran lentamente en el techo y el aire empuja su pelo contra la sábana. Sueña con un río oscuro y enrejado. Hay manchas de sombra en distintas partes del río, se extienden sobre las aguas de manera tal que no hay horizonte. La luz es baja. Ella se da vuelta en la cama y se

cubre los hombros con la manta. Había intentado huir por una autopista pero en el lugar en que ésta viraba hacia la derecha, el transporte se detuvo y ella quedó de rodillas frente a las rejas. El ritmo de su corazón es pausado. La lámpara de la habitación alumbra solo los bordes. En el sueño ella está con plena consciencia. El paisaje es distinto que en el exterior, pero la sensación es la misma. Está arrodillada exactamente en la curva de la autopista, frente al río oscuro, y no hay nadie alrededor. Afuera también está sola. Una luz amarilla pestaña en el televisor. Está apagado, pero la corriente no se cortó. Emite un gemido. En el sueño está llorando. Le dio frío porque empezó a soplar el viento. Levanta olas marrones en el centro del río. Una muy grande se formó velozmente y está creciendo. Empieza a correr. Su respiración se acelera y mueve una mano. El ritmo del corazón es rápido. La ola está suspendida sobre ella y aumenta, se retarda en caer. Los párpados ejecutan pequeños movimientos. Ella recorre distancias minúsculas, cada vez menores. Se da vuelta en la cama y cuando la ola está a punto de caer, abre los ojos. Oye la voz de cuatro ángeles que la llaman desde el interior del sueño. *El humano es carne del tripartito. Solo una vez se otorga el llamado, que es intuición del misterio.* Se entrega a los ángeles y el alma se eleva inmersa en la luz. Siente un vacío y se hunde el cuerpo. Atraviesa velozmente las capas del sueño y de la muerte. En esa zona profunda escucha el silencio. Con plena consciencia su alma está disuelta en el centro de la luz. Está tranquila, sostenida por la energía celeste. Luego fue devuelta a su habitación y vio el cuerpo en la cama. Antes de reingresar, su alma sopló sobre unos libros y mostró la caída de un amor. ¿Hay predestinación? Dice el Mesías: *El predestinado alcanza la luz después del quinto ciclo de ascensión.* Y cuando vio a un mendigo durmiendo con sus perros en el escalón de un Banco, interrumpió su marcha. Anduvo lentamente para observarlo con detención. Una luz blanca caía de arriba y le enfocaba el rostro. Tenía la cabeza apoyada en una botella y los perros estaban debajo de la frazada. Vio los hocicos cercanos a la cara. Se mantuvo alerta, lista para apartarse en caso de que el mendigo efectuase algún movimiento imprevisible. Al levantar el hombre la cabeza y quitarse las mantas, ella vio que no tenía una de las piernas. Los perros se incorporaron y ella se echó atrás, pero fue tarde, él hizo un gesto obsceno con su brazo y se pasó la lengua por los labios, como si fuera a lamerla. Sintió que el corazón le daba un vuelco. *Los seres que alberga el corazón de Dios son misteriosos y Su designio insondable. El Mesías dijo que la complejidad era tal que cada ser poseía un sinnúmero de combinaciones con otros seres, que a su vez desplegaban nuevos círculos e incorporaban sucesos y recuerdos ajenos a los propios.* Miró hacia arriba y vio la luna encima de los árboles. Iba separándose de una nube lentamente. Observó el movimiento con atención, el trayecto de la luna y el leve resplandor que la seguía. El desplazamiento transcurría en silencio, pero en la ciudad había sonido. Los focos de luz artificial alumbraban las hojas de los árboles de la plaza revelándolas en su total dimensión. Se desplegaba la luz sobre ellas y abría los átomos. En el orden de los elementos de un sistema hay misterio, y la voluntad del Ente puede intervenir muchas veces para articular sus propias leyes con las manifestaciones del *Pathos*. El por qué de esa voluntad es un enigma. Todo está lleno de Dios. Las hojas de los árboles tenían

formas diversas y colores vivos, intensificados por la ausencia de sol. Caían algunas, doradas, al suelo y se trasladaban unos metros sobre el pasto. Ella las veía en el momento exacto en que estaban suspendidas en el aire y luego cuando se deslizaban en zigzag hasta posarse sobre la tierra o en la roca. Flotaban hasta ahí. Por toda esa zona había sombras que se escabullían dentro de las raíces oscuras. Las grandes copas descargaban su ramaje pesado hasta casi tocar el suelo. Como había llovido, las veredas estaban mojadas. *Los párpados del mendigo le parecían llagas, y se movían ardientes, como si estuvieran a punto de quemarse.* ¿Qué era aquel infinito circundante? Ella había podido observar esa mañana frente a un espejo ciertos deterioros causados por el paso del tiempo. La piel no era tan suave como al principio de su vida, y los ojos parecían cansados. Al mirar con atención, vio venas pequeñas y manchas circulares de color marrón en algunas zonas, que antes no estaban. Todo entró por la mirada. Las visiones y las ideas habían penetrado en ella ubicándose lejos adentro del cuerpo. Todo eso, las partes de su vida, y lo que pudo observar, no llega a comprenderlo. Entonces busca el pasaje, la llegada al no ser. *El camino del solitario es ver más allá de lo que ve. Percibir el origen y el fin, y el fundamento.* Lo piensa el Mesías y a veces lo dicta a sus elegidos. *No hay permanencia.* Y por eso frente al mar ella se queda; quisiera que la detención se sostuviera por más tiempo. Si contempla su corazón en silencio, y en secreto, lo ve vacío. Hay un agua quieta y blanca que expresa esa quietud. *Cuando llore, que nadie la escuche, porque su llanto no trae el consuelo de los otros. Todos los seres deambulan por la vida como caídos, sus luchas son vanas, y también las victorias.* Si no fuera por el frío, o por la picazón que sube por sus piernas, se hubiera quedado en la orilla. Pero el cuerpo la expulsa. Las gaviotas no frenan su vuelo cautivo. En el cielo cree ver los signos pero hay detención. Como si el pulso estuviera cortado. La caída es veloz pero en suspenso. Cierra los ojos para pensar a Dios. Su niñez fue el esplendor. El crecimiento de las plantas, y la entrada en los misterios del saber. Luego llegó el florecimiento. La profusión de luz. *Le había sido dado el cuerpo, su carácter y su origen, pero su fondo estaba hecho de la sustancia de la luz.* Si hay otras vidas no serán en este mundo. Aquí conoció las pasiones: el odio y el amor. Y atravesará la muerte. Cuando llegue a la línea en la que se suceden los destinos, el cuerpo se disipará. *Pero está frente a la pared, donde solo hay piedra.* La mirada se frenó. Si afloja los músculos y abre las costillas, se suelta el corazón, y fluye de este modo la respiración. Puede traspasar la piedra; y del otro lado quién sabe. ¿Acaso lo sé yo, que todo lo sé? Ella cerró los ojos. Era asimismo la oscuridad y la luz.

